

---

## Saber ser: notas de marido y padre

---

*Por Francisco José Martín-Jaime  
(marido de Reyes Otero, protagonista y narradora  
de la Experiencia anterior).*

Quisiera recalcar determinadas cuestiones acerca de la función del marido y padre en el proceso del parto.

Todos tenemos nuestras propias ideas acerca de cómo se deben hacer las cosas. De cómo queremos que nos traten y de cómo quisiéramos que fuesen desarrollándose determinados acontecimientos. Pero, en un parto, nada de eso importa. Es la mujer, sea nuestra esposa, nuestra pareja o lo que se quiera, es esa persona a quien amamos, por quien decimos con la boca grande y el pecho inflado, que daríamos la vida sin dudarlo. Pues este es el momento de demostrar quiénes somos, si como hombres estamos a la altura. Nuestras mujeres, podemos estar seguros, lo estarán.



No debemos intervenir en exceso en su proceso, pero tampoco desentendernos. Si en algún momento de sus vidas necesitan de nuestra presencia, de nuestro amor, es entonces. Si fallamos en ese momento, no tendremos redención posible, no ante sus ojos, que henchidos de amor olvidarán nuestras debilidades, como hacen cada día, sino ante los nuestros. Nuestra responsabilidad de ser hombres, de ser maridos, no es traer dinero a casa ni proteger a la familia. Eso lo saben, lo pueden y lo hacen las mujeres igual, al menos, que nosotros. Nuestra responsabilidad es apoyar, ayudar y *servir* a nuestra pareja, que está trayendo al mundo a nuestro hijo, ni más, ni menos.

Habrán momentos, cada parto es distinto, en que necesiten cariño, otros en que lo que nos requieran sea apoyo moral, otros apoyo físico; en ocasiones, criterio, en otras, decisión, toma de decisiones, *saber lo que hay que hacer*.

Todo eso no viene dado por “divina gracia”. Podemos fiarnos de la intuición, pero en esta época en que la información está al alcance de todos, es nuestra obligación como hombres y como maridos informarnos y estudiar no sólo las fases del parto, no únicamente la *cosa física*, sino también qué van a sentir nuestras mujeres en esos cruciales momentos. Cómo va a ser el dolor, cómo van a poder superarlo, qué van a experimentar: miedo, incertidumbre, desesperación, cansancio. Y, lo que es más importante, *cómo podemos nosotros ayudar-*



*las*, cómo calmar su miedo, cómo apaciguar su incertidumbre, cómo animarlas y cómo distraerlas y descansarlas.

Nosotros, que durante milenios nos hemos jactado de recibir las heridas más atroces en las absurdas guerras en que hemos masacrado a nuestros vecinos, debemos aprender, primero, cómo se siente el dolor, ese dolor del que siempre hemos huido, que nos asusta sentirlo tanto como a ellas. Conocerlo, para después saber cómo vencerlo. Sólo desde esa fortaleza podremos ser útiles hombres, merecedores de nuestras mujeres, y no timoratos peles que se desmayan en la sala de partos. No es malo ni vergonzoso emocionarse cuando la mujer que amas pare a tu hijo, pero es indigno, vergonzante y patético no saber estar a su altura.

En algunos momentos deberemos distraerlas, leyendo, charlando, contando anécdotas o hablando del tiempo. En otros, deberemos saber cómo y cuándo callarnos, dejarlas que se concentren en sí mismas, en aquél lugar obscuro, profundo e íntimo en el que el dolor no duele y el mundo no resuena, si te dejan estar en él. Si las cosas se tuercen, si algo va mal, o si lo parece, nuestra entereza deberá ser el cayado en el que ellas puedan apoyarse. El dolor mina nuestras defensas morales, y el temor o la incertidumbre de que algo malo pueda pasar es capaz de sumirnos en una profunda, aunque momentánea, depresión, que además no permitirá alcanzar la concentración necesaria para sobrellevar el trance. Y, si flaquean, debemos ser



la voz suave, tranquila, amorosa, la voz que las guía y que las conforta, que sabe qué hay que hacer, cómo hay que hacerlo, que les hace saber que *sabemos* qué les pasa y cómo se sienten, y que nuestra fuerza es la suya, que no están solas, sino que nuestro amor es tal que es capaz de sobrepasar lo *físico* y que las nuevas fuerzas que sienten son las que nosotros les damos. ¿No dijimos en algún momento que moriríamos por ella? Pues no hemos de morir, solamente hemos de saber *ser*. Y, para eso, hemos de estudiar, profunda y detenidamente. El parto, sus procesos, sus dolores. Pero, también y principalmente, a ella, a esa persona que tanto amamos. ¿Nos costará estudiar sus reacciones, sus miedos, aquellas cosas que incluso no nos cuentan, pero que debemos saber para ser nosotros?

Somos los héroes de esta historia, esta es la heroicidad que se nos requiere como hombres, no picarnos con el primer imbécil en un semáforo o demostrar que bebemos una copa más de matarratas que el de al lado. Y, como verdaderos héroes, somos quienes estamos detrás, quienes ayudamos a nuestra amada a que haga eso que la Naturaleza nos ha privado a nosotros: concebir, desarrollar y parir a nuestros hijos. Ese es nuestro heroísmo, y ese es el momento clave y crucial de nuestra vida.

Por último, quiero expresar a mi esposa varias cosas. El amor inmenso, desbordante, que siento por ella, no le es desconocido, como tampoco que, si soy ese héroe, es por y para ella, y si no lo soy, es a mi pesar.



Pero hay algo que no sé si sabe y que, para que quede claro, quiero dejar por escrito. Y esto no es sino la profunda admiración que siento por ella, por su entereza, su fuerza, su claridad de ideas y de pensamiento, su decisión inquebrantable y su valentía, y que aún la amo más por haber decidido, libremente, por su deseo y voluntad, por su amor hacia mí, ser la madre de mi hijo; pasar por trances que muchas eligen por egoísmo, por el desinterés que resulta del amor; ella ha creado una vida, parte de mi propia vida, por amor a mí. Gracias por tu amor.

*FRANCISCO.*

